Lucia Vaccarino
me, mum & mystery
En busca del hombre desaparecido
edebé

me, mum & mystery

«All names, characters and related indicia contained in this book, copyright of Atlantyca Dreamfarm s.r.l., are exclusively licensed to Atlantyca S.p.A. in their original version. Their translated and/or adapted versions are property of Atlantyca S.p.A. All rights reserved.

© 2013 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italy
© 2014 for this book in Castilian: Edebé
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Editorial project by Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italy

Text by Lucia Vaccarino
Illustrations by Paola Antista

Original edition published by De Agostini Editore S.p.A.
Original title: *Caccia all'uomo scomparso*.
N.B. Copyright Shutterstock for photos as indicated in the original Italian edition.
International Rights © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8 - 20123 Milano – Italia - foreignrights@atlantyca.it- www.atlantyca.com

No part of this book may be stored, reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, recording, or by any information storage and retrieval system, without written permission from the copyright holder. For information address Atlantyca S.p.A.».

© Traducción: Marinella Terzi
Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Primera edición: septiembre 2014

ISBN 978-84-683-1226-2
Depósito Legal: B. 11135-2014
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Lucia Vaccarino

En busca del hombre desaparecido

Ilustraciones de **Paola Antista**

Traducción de **Marinella Terzi**

edebé

Prólogo

Ese año el verano era particularmente soleado en Blossom Creek, una alegre aldea del condado de Kent rodeada por maravillosos campos salpicados de amapolas. Y ese día en particular el cielo estaba limpio y el aire era suave, lo ideal para una caminata.

Fred Molloy se dirigió silbando hacia su casa. Había ido a la granja de los Griffith a buscar una cesta de huevos frescos para su madre, que a los noventa y seis años cumplidos desayunaba todas las mañanas una taza de *eggnog,* la típica bebida inglesa a base de leche, yemas de huevo, licor y especias.

Fred, que ya había superado los setenta pero tenía el mis-

mo empuje de su madre, caminaba a buen ritmo por los senderos, repasando mentalmente los pasos de baile de una complicada giga irlandesa y saboreando de antemano la velada en el club de bailes populares que frecuentaba con asiduidad. Distraídamente, pegó dos saltitos y marcó puntatacón con el pie, pero se interrumpió al darse cuenta de que había llegado a las proximidades del campo de golf de Fairfield Cove. Por fortuna, nadie había contemplado sus proezas: el campo de golf, con su prado regular y sus suaves lomas, estaba completamente desierto.

Fred contempló los silenciosos caminos que lo atravesaban y decidió tomar el atajo que desembocaba en el pueblo por Maple Road. Durante casi medio siglo había sido el archivero municipal de Blossom Creek, y el mapa del distrito se hallaba perfectamente grabado en su memoria, tanto que habría podido recorrerlo entero con los ojos cerrados. Y eso hizo durante unos pasos, ejecutando la giga con toda tranquilidad al saberse solo. Pero cuando abrió los ojos vio que al otro lado de la loma que estaba a su derecha, junto al banderín marcado con el número 18, había un hombre tumbado en el suelo.

Fred era un tipo alegre, pero la timidez era su talón de Aquiles. La primera cosa que se le pasó por la cabeza fue que se había colmado de gloria. La segunda, que siempre

había creído que el golf se practicaba de pie. La tercera, sin embargo, fue una súbita intuición.

Se llevó las manos a la boca para proyectar mejor la voz y preguntó:

—¡Señor! ¿Necesita ayuda?

Pero el desconocido no respondió.

Mamá,
¡el despacho del
tío Orville
no se toca!

Comprar:
-brochas
-pintura
-¡¡¡esmalte nuevo
para las uñas!!!

Look de pintora según mi madre
Paredes al más puro estilo Orville Wright todavía
Elección del color = ¡drama!

1. Colores y secretos

En el número 1 de Oak Road, en Blossom Creek, había mucho ajetreo. Pero no lo motivaba un caso por resolver, a pesar de que Emily y su madre, Linda, hubiesen reabierto oficialmente la Agencia de Investigación Wright.

—Emily, ¿me podrías pasar la brocha para que dé otra mano, por favor? —pidió Linda, subida en el último travesaño de la escalera de aluminio.

El *cottage* que Orville Wright, el tío abuelo de Emily, había legado a su sobrina junto con la agencia estaba patas arriba: los suelos cubiertos de periódicos, las puertas y las lámparas llenas de cinta adhesiva y los muebles tapados con sábanas viejas.

—Toma —respondió Emily, con una mirada inquisidora—. ¿Estás segura de que no tienes nada que contarme?

Linda se ruborizó y metió la brocha en la pintura con

tanto ímpetu que se manchó las uñas de blanco y estropeó su manicura perfecta.

—¿Yo? No, ¿qué te hace pensarlo?

—Estás pintando todo el *cottage*... —dijo Emily con las manos metidas en los bolsillos de la sudadera mientras se apartaba de un soplo un rizo de pelo rubio de la frente.

Linda tenía una forma muy suya de afrontar los problemas. O, mejor, unas cuantas formas, basadas en sus distintas aficiones: decía que le servían para reflexionar mejor. Y Emily había aprendido a reconocerlas todas. Si su madre hacía punto, tenía que vérselas con un problema existencial. Si cambiaba los muebles de sitio, estaba enojada con alguien. Si preparaba *muffins,* tenía problemas en el trabajo. Y si pintaba las paredes de la casa, se trataba de una cuestión sentimental.

Todas las habitaciones pintadas de arriba abajo significaban problemas graves, incluso un nuevo novio a la vista, y Emily tenía una ligera idea de quién podría ser.

—¡No íbamos a dejar el papel del tío! Era un atentado contra el buen gusto —dijo Linda.

—¡Prométeme que no tocarás el despacho! —exclamó Emily, algo asustada—. Dijimos que seguiría tal como lo dejó el tío Orville; estamos de acuerdo, ¿no?

El despacho era el cuarto más fantástico del *cottage,* y la sede de la Agencia Wright. Emily abrió la puerta de la ha-

bitación como para cerciorarse de que estuviera todo en su sitio. Allí el tío Orville recibía siempre a sus clientes y guardaba objetos de las investigaciones, además de efectos personales que sería quedarse corto calificar de extravagantes, como su famosa colección de bigotes falsos. Recientemente Emily había encontrado los diarios de su estrafalario tío abuelo, ocultos en un compartimento secreto de la librería del despacho, y descubrir que se los había dedicado precisamente a ella le supuso una gran sorpresa. Porque el tío Orville y la niña se habían visto dos o tres veces, y cuando ella era tan pequeña que no recordaba nada de aquellos encuentros. Pero en su diario el tío la designaba su heredera y se dirigía a ella como si la conociera. Y lo podía hacer porque, según lo que había escrito, fue su sobrino Patrick, el padre de Emily, el que le habló de ella.

Cuando leyó esa frase en el cuaderno del tío abuelo, Emily sintió que el corazón le palpitaba con fuerza. Su padre había muerto en un accidente de coche seis años atrás, y lo único que conservaba de él eran algunos recuerdos cada vez más desvaídos y unas fotos. Desde entonces buscaba en cada esquina de aquel lugar mágico indicios que la aproximaran a él, además de al alocado de su tío.

—*Superdeacuerdo* —confirmó Linda con una sonrisa—. El despacho está perfecto así.

Colores y secretos

«¡Miau!», hizo Percy, el gato Devon Rex heredado de Orville junto con todo lo demás, que estaba acurrucado en un estante de la librería. Y en su hocico malhumorado, coronado por dos gigantescas orejas de murciélago, Emily creyó descubrir cierta aprobación.

—Entonces, ahora que está todo blanco de nuevo, ¿de qué color preferirías el salón? —volvió Linda al ataque—. ¿Pervinca o verde manzana?

—¿Qué demonios es el color pervin...? —comenzó Emily, pero sus sospechas la obligaron a cambiar de pregunta—. Espera, ¿te has hecho novia de Matthew?

—¿Qué? ¿Yo? ¿Novia? ¿Cómo se te ocurre? —respondió Linda, pero Emily descubrió en su cara una sonrisa.

Últimamente Linda ponía esa expresión siempre que se hablaba de Matthew Flint, el jardinero de Blossom Creek, hermano de su nueva amiga Roxi y presencia discreta pero cada vez más asidua en sus vidas desde que habían dejado Londres para mudarse allí.

—¡No hay más que nombrarlo para que te salga el hoyuelo! —rebatió Emily.

Linda tenía treinta y dos años, el pelo castaño, los ojos verde oscuro y un estilo de lo más personal. Incluso vestida con ropa cómoda para trabajar más a gusto, no había podido renunciar a ponerse unos *leggings* de lunares y un ves-

tido de algodón, y con el rodillo y el cubo en la mano parecía la modelo de un catálogo de pinturas. Aunque, en honor a la verdad, no tenía el físico típico de una modelo: menuda y regordeta, era consciente de no ser una belleza clásica pero sabía perfectamente cómo sacarse partido. Su arma secreta era la sonrisa; para ser más exactos, el hoyuelo que se le formaba en la mejilla izquierda al sonreír. Era tan cálido aquel hoyuelo que podría derretir un iceberg, y Linda sabía cómo emplearlo.

—Matthew y yo solo somos buenos amigos —aseguró—. ¿Y qué tienes tú de repente contra él?

—¿Yo? ¡Nada! —respondió Emily, y lo decía en serio.

Desde que Emily perdió a su padre, su madre no había tenido ningún novio de veras, solo algunos pretendientes realmente desastrosos: Max, el aburridísimo intelectual de conversación incomprensible; Steve, aquel presumido que lo único que hacía era mirarse en cualquier superficie reflectante; Rupert, un fanático del orden que tenía mil alergias... Por no hablar del último, Greg, que ¡había tenido la bonita ocurrencia de regalarle a Emily todos los DVD de los Osos Amorosos para su undécimo cumpleaños! Por suerte Linda no se había dejado engatusar y los puso en la puerta enseguida. Matthew era distinto, parecía un tipo legal, solo que...

—Solo que no sé si quiero compartir la casa con un hombre. Son ruidosos, tienen la costumbre de adueñarse del mando de la tele, dejan los calcetines por todas partes y están convencidos de saber hacerlo todo —protestó Emily.

—¡Unos seres realmente horribles! —bromeó Linda—. ¿Y de dónde te has sacado todo eso?

—Mamá, ¡hay cosas que se saben de sobra! —respondió Emily con expresión seria.

Era fácil caer en esa trampa, sobre todo para una romántica como Linda. Pero si su madre estaba pensando en volverse toda suspiros y corazoncitos, que no contase con ella.

—Oye, ¿tú te estás oyendo? Habría que ver lo que piensa Jamie de esa aversión tuya hacia los hombres... —comentó Linda, guiñando un ojo en guasa.

—¿Jamie? ¡Jamie no es un hombre! O sea, sí, pero ¡no es de los pesados! —replicó Emily, liquidando la discusión con un gesto definitivo.

Jamie Mulberry, la única persona de su edad que permanecía en Blossom Creek durante las vacaciones de verano, había colaborado con Linda y Emily en su primera investigación, días atrás. En efecto, las Wright fueron contratadas para resolver el misterio de Sherrington Lodge, una mansión que en principio parecía infestada de fantasmas pero que en realidad se reveló como objeto de intereses mucho

más terrenales. Una vez resuelto el caso, Emily pasaba cada vez más tiempo con Jamie, dando vueltas en bici por Blossom Creek y alrededores.

—Ahí lo tienes, Matthew también es un amigo; todo en orden, ¿no? —replicó Linda.

—¿Se puede? —preguntó una joven voz masculina.

El pelo despeinado de Jamie asomó por la puerta.

—Estaba abierto... —se justificó el recién llegado.

—¡Buenos días, Jamie! Hablando del rey de Roma... —le saludó Linda, echando a Emily una mirada cómplice.

—¡Mamá! —protestó ella a media voz. Luego se volvió hacia Jamie—: No habrás oído lo que estábamos diciendo, ¿verdad?

—No, ¿por qué? —preguntó él con recelo.

—Emily estaba diciendo que... —comenzó Linda con una sonrisita astuta. Emily la fulminó con la mirada— si se entrena un poco más pronto será una ciclista más veloz que tú. Pero, en confianza, creo que está exagerando, como de costumbre.

Emily dio un suspiro de alivio. Esperaba que Jamie respondiera a la provocación, ya que para él la bici no era un medio de transporte sino un auténtico estilo de vida. Pero el chico se quedó ahí parado, en el umbral del salón, con las mejillas rojas y los ojos iluminados por un extraño brillo.

Emily no lo conocía todavía lo suficiente como para ser capaz de comprenderlo con una mirada tan solo, pero era evidente que su amigo tenía la expresión del que ha descubierto algo interesante y no ve el momento de decirlo. Entonces, ¿por qué seguía mudo y las miraba con timidez? Emily lo observó, luego a su madre, luego de nuevo a él.

—Jamie, ¡ven conmigo! Voy a enseñarte el..., el timbre nuevo para la bici que me ha regalado mamá —improvisó Emily empujándolo al jardín.

—¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo? —le preguntó cuando se supo fuera del alcance del oído de su madre.

—¡Algo increíble! ¡Fred ha visto un cadáver en Fairfield Cove! —soltó Jamie sacudiendo los brazos.

—¡Madre mía! ¿Dónde?

—En Fairfield Cove.

—¿Cómo? ¡Perdona!

—Se ve que no eres de aquí. Ese campo de golf enorme con hoyos y arena y laguitos y la hierba recortada...

—Vale, vale, ¡comprendido! —le cortó Emily—. ¿Y cuándo?

—Hará unos veinte minutos que ha llegado corriendo al dispensario de mi abuela. Por suerte estaba yo allí por unos encargos... —Jamie era el nieto de Peggotty Mulberry, la médico de Blossom Creek, que junto con el exabogado Al-

bert Temple, eran los mejores amigos de Fred—. Temblaba como una hoja y balbuceaba. A la abuela le ha costado un poco conseguir comprender lo ocurrido, porque Fred ha perdido la voz a causa del miedo y no conseguía hablar.

—¿Y luego?

—Y luego nada. Menos mal que no se le ha ocurrido ir a la policía, estaba demasiado alterado. Lo ha acompañado la abuela, pero si Fred no recupera la voz tardará en contarlo todo. Sin embargo, yo he venido aquí corriendo.

—¿Y por qué no has ido con ellos?

—Porque tengo una idea mejor. Vamos a Fairfield Cove antes de que lleguen los agentes. Acortando por el campo de los Goldsmith estaremos allí en cinco minutos.

—¡Podría ser un nuevo caso para la Agencia Wright! —dijo Emily—. ¡Tengo que decírselo a mi madre!

—¿Estás loca? No te dejaría ir nunca.

—Pero yo... —empezó Emily, dubitativa.

—Bueno, si tienes que contarle siempre todo, voy solo —respondió Jamie, cruzándose de brazos.

Emily pensó en su madre, que estaba pintando las paredes y no quería decirle por qué, y se dijo que después de todo ella también tenía derecho a tener sus propios secretos.

—De acuerdo, ¡vamos! —exclamó, y entró en su casa para anunciar—: ¡Me voy!

Abrió la puerta del despacho y tomó su cámara.

—Espera, Emily, no me has dicho si te parece bien el color pervinca —la detuvo Linda, sin saber nada del asunto—. Jamie, ¿tú qué dices?

—Adiós, mamá, ¡nosotros nos vamos! —la interrumpió Emily, empujando a su amigo hacia afuera.

Saltó sobre la bici heredada de su tío y tocó el timbre dos veces a causa de la emoción. Después se lanzó por la bajada de Oak Road para mantenerse a la altura de Jamie, que parecía haber aprendido a pedalear antes que a caminar.

Logró llegar solo un minuto más tarde que él. Sentía una punzada en el costado derecho y los músculos de las pantorrillas le ardían, pero su orgullo estaba a salvo. Al haber vivido siempre en Londres, a Emily le quedaba todavía un poco para habituarse a la vida al aire libre, pero sus largas piernas iban a hacer muy fácil la empresa.

Jamie había dejado la bicicleta en una pequeña loma, y en la inmensidad de aquel campo de golf desierto parecía perdido. Volvía la cabeza de una parte a otra del prado, con aire perplejo. Emily dejó la bici junto a la suya y lo alcanzó.

—¡Si había dicho en el hoyo 18! —exclamó Jamie, con desilusión, señalando un banderín marcado con ese número.

Fairfield Cove era tal como lo había descrito Jamie. Solo que no había ningún cadáver.